

CAPÍTULO 13

EL AMBIGUO SIGNIFICADO DE “IZQUIERDA”

En 1995 (*Derecha e izquierda: razones y significado de una distinción política*) Norberto Bobbio trataba de replicar a la opinión, que se había ido abriendo paso, de que esa distinción no tenía ya sentido, porque derecha e izquierda eran dos cajas vacías: las ideologías que les daban sentido habían entrado en crisis; era inadecuada una separación tan nítida en un universo político cada vez más complejo como el de nuestras sociedades; derecha e izquierda habían evolucionado hacia una síntesis, una convergencia o tercera vía, como el socialismo liberal o el liberal-socialismo; nuevos movimientos transversales asumían el viejo protagonismo de derecha e izquierda, como los verdes o las feministas; y derecha e izquierda decían las mismas cosas y hacían la misma política.

Esas razones parecían poco convincentes a Bobbio, que argumentó que, si hay centro, sólo adquiere sentido entre una derecha y una izquierda; que, por otra parte, hay verdes de derechas y de izquierdas; y que si se dice que hay muchas izquierdas y muchas derechas se está suponiendo que hay algún criterio para distinguir a las derechas de las izquierdas.

Tampoco le parecía que el descubrimiento de «lo distinto», tema por excelencia de los movimientos feministas, puede poner en crisis el binomio derecha-izquierda. Y la supuesta síntesis de derecha e izquierda es sólo un intento de salvar lo que se pueda de la propia posición en crisis atrayendo hacia sí mismo, y por tanto neutralizando, la posición adversaria.

Por supuesto que, si afirmamos la actualidad de la distinción derecha-izquierda, hemos de encontrar algún criterio que nos permita decidir quién es de derecha y quién de izquierda. Veamos algunas opiniones al respecto:

El mismo Bobbio (pp.161 y ss.) propuso como criterio la diferente sensibilidad ante el asunto de la igualdad, mientras que a su juicio la diferente sensibilidad

ante el asunto de la libertad es el criterio para distinguir formas libertarias y autoritarias (o alas moderadas y alas extremistas) tanto en derecha como en izquierda.¹⁰⁷ Tendríamos así:

a) Extrema izquierda: movimientos a la vez igualitarios y autoritarios (siendo el jacobinismo su ejemplo histórico más importante).

b) Centro izquierda: movimientos a la vez igualitarios y libertarios (siendo ejemplo típico el socialismo liberal, incluidos en él los partidos socialdemócratas).

c) Centro derecha: movimientos a la vez libertarios y no igualitarios, que tienen fidelidad al método democrático, pero que respecto a la igualdad se limitan al principio de igualdad ante la ley.

d) Extrema derecha: doctrinas y movimientos a la vez antiliberales y antiigualitarios.

Aparte de que, como iremos viendo, el criterio no es razonable, incomprensiblemente Bobbio no tiene en cuenta en su clasificación la posibilidad de un movimiento anticapitalista a la izquierda de la socialdemocracia, que sea igualitario y no autoritario.¹⁰⁸

¹⁰⁷ Bobbio añade que derecha e izquierda son términos recíprocamente exclusivos (ninguna doctrina y ningún movimiento puede ser al mismo tiempo de derechas e izquierdas) y conjuntamente exhaustivos (una doctrina o movimiento únicamente puede ser de derechas o de izquierdas).

¹⁰⁸ Se han propuesto otros criterios que Bobbio cita y comenta. Así el de Laponce, que tras analizar las tendencias ideológicas de nuestro tiempo a través de sondeos realizados en distintos países y en tiempos diferentes, concluye que el criterio de distinción entre derecha e izquierda es la contraposición entre religión y política, consideradas respectivamente como el momento positivo y el negativo de la historia. La contraposición entre derecha e izquierda se resolvería en última instancia en la distinción entre sagrado y profano. La religión estaría a la derecha y el ateísmo a la izquierda. Para Cofrancesco, en cambio, los términos clave serían tradición y emancipación. Según eso el alma de la derecha se puede resumir en el lema: «Nada fuera ni en contra de la tradición, todo en y por la tradición», mientras el hombre de izquierda es el que quiere por encima de todo liberar a sus semejantes de las cadenas que les han sido puestas por los privilegios de raza, de casta, de clase, etc. Elisabetta Galeotti concluye por su parte que los términos significativos son jerarquía para la derecha e igualdad para la izquierda. Estas caracterizaciones parecen parciales a Bobbio. Por una parte alega que, aunque hay una derecha reaccionaria que es religiosa desde De Maistre a Donoso Cortés y Carl Schmitt, existe también una derecha irreligiosa y pagana, que se sirve de la religión como *instrumentum regni*. Pareto se ríe de las creencias religiosas hasta el punto de que se le ha comparado a Voltaire. Y hay también igualitaristas entre los religiosos, como los partidarios de la Teología de la Liberación. Por otra parte los términos «tradición» y «emancipación» no parecen términos contrarios, al igual que los términos «jerarquía» e «igualdad». Un criterio aún más erróneo es considerar que son conservadores los grupos o personas que en el Este europeo tienen una tendencia procomunista (porque pretenden conservar la sociedad que tenían), y que son progresistas quienes allí propugnan la vuelta al capitalismo (porque se han propuesto un cambio en el modelo de sociedad). También se ha ensayado el argumento de que los progresistas lo son porque propugnan la democracia, y ésta se asimila al modo de organización política de las

Por su parte Ralph Miliband (1994:18) cree que en el lado izquierdo o progresista del espectro ideológico y político, aunque en puntos distintos, se puede situar a gente que busca la reforma de varios aspectos del orden social en una dirección democrática e igualitaria, y también a los hombres y las mujeres que forman parte del «movimiento obrero», así como a muchos «nuevos movimientos sociales», entre los que están por supuesto los socialistas, pero también otros que podrían ser renuentes a aceptar la etiqueta socialista y otros que la rechazarían por completo.

Rafael Ribó escribe que el rojo no es simplemente comunismo o socialismo, ni una síntesis de ambas cosas, porque cree que aquella dialéctica que nace de la trágica división de los años 20 ya empieza a ser en nuestras sociedades anacrónica. Para él, el rojo significa hoy, entre otras cosas, empleo, reforma y democratización de la empresa, bienestar, igualdad de oportunidades, derechos y deberes sociales. El verde no es fundamentalismo ecológico o catastrofismo planetario. Es desarrollo sostenible, cambio de pautas de civilización, igualdad genérica, apostar por ser mejores, no por tener más.¹⁰⁹

A poco que se medite, estas propuestas sitúan el tema de la izquierda en un terreno indefinido. Por ejemplo, ¿qué significa igualdad de oportunidades, derechos y deberes sociales? ¿Es posible esa igualdad en una sociedad capitalista?

Tal indefinición se debe a que las expresiones “igualdad” e “igualitarismo” no tienen un significado unívoco. Y ocurre lo mismo con términos como “autoritarismo”, “Estado”, “libertarismo” y “democracia”. ¿Qué significan estos términos más allá de lo que insinúan cuando remiten a sus sentidos ordinarios? La igualdad se concibe en muchos casos como una aspiración a la que se puede dar curso dentro del capitalismo y con intención de permanecer en él.

Mantener un sistema de explotación puede exigir, en momentos determinados, políticas que disminuyan ocasionalmente las desigualdades y tal sistema de explotación puede desde luego beneficiarse de la desaparición de la miseria y el hambre en el mundo entero. Podemos imaginar una derecha racional, percatada de que hay que aumentar la tarea asistencial del Estado y disminuir las diferencias sociales si se quiere que el capitalismo no entre, antes o después, en una crisis tal vez definitiva. ¿Diríamos en tal caso que es de izquierdas la política que lleve adelante esa derecha lúcida (por ejemplo haciendo más progresivos los impuestos en un momento dado) con la finalidad de mantener de manera más firme y estable una situación de desigualdad? Tendríamos entonces que considerar de izquierdas a los millonarios que han pedido a Trump que les suba los impuestos.

En los capítulos 7 a 10 he tratado de argumentar que, aunque el capitalismo acabara con el hambre y asegurara a todos una supervivencia sin pobreza, seguiría

sociedades capitalistas, en tanto que el socialismo queda asimilado al Estado totalitario, lo que quiere decir que el anticapitalista no es progresista.

¹⁰⁹ En “El rojo y el verde: una nueva propuesta política” artículo publicado en *El País* el 10 de abril de 1999.

teniendo dosis excesivas de irracionalidad e injusticia, perversos efectos en la fábrica de la gente y capacidad sobrada para pervertir la democracia.

Los autores antes citados deberían haberse preguntado qué tipos y qué niveles de desigualdad son aceptables y por qué; y además qué consecuencias, y no sólo morales, se siguen de los distintos tipos de desigualdad.

La consecuencia de la indefinición es que, si nos falta un criterio de demarcación compartido, si los criterios que se aventuran no son convincentes y no consiguen suficiente consenso, podemos llamar izquierda a cualquier organización o pensamiento por relación con las que están a su derecha. Parece que no podemos afirmar la pertinencia de la distinción si no damos con un criterio solvente.

Ocurre que, aunque sería bueno que ese criterio existiera, no estamos clasificando objetos, sino personas que pueden estar en desacuerdo con cualquier clasificación en que se las incluya. Si aceptamos lo que cada uno dice de sí mismo obtenemos una distribución topológica que no coincide con la que obtenemos si escuchamos lo que dicen unos de otros.

13.1. EL CRITERIO DE LA META FINAL

Cabe caracterizar a los partidos políticos por sus fines o metas, tomando en cuenta tanto la meta final como las metas intermedias.

La meta final es la que da sentido a la organización, al punto de que, si esa meta final se consiguiera, la propia organización habría perdido su razón de ser. Da además sentido, positivo o negativo, a los comportamientos instrumentales que se vayan haciendo posibles, y por ello tal meta debe actuar permanentemente como punto de referencia en la crítica al presente y en la propuesta de avances.

En el campo de la llamada izquierda hay dos objetivos últimos que obligan a estrategias diferentes, el primero compatible con el capitalismo, el segundo no. De cuál de ellos se elija depende qué actividades se consideren necesarias. El primer objetivo sólo exige medidas a corto plazo, el segundo exige medidas a plazo medio y largo.

13.1.1. RECUPERACIÓN DEL ESTADO DEL BIENESTAR

Este objetivo es el que podría adoptar un PSOE renovado.

Es muy razonable querer desalojar al PP del poder, llegar al Gobierno y hacer una política más justa y transparente que traiga beneficios a muchas personas que lo están pasando mal. Se trata de revertir las políticas de recortes del capitalismo neoliberal para volver a la situación previa, la del Estado del Bienestar. Cabe incluir en esta política una renta básica universal o la creación de un banco público.

Aceptemos que allí donde la socialdemocracia clásica se rindió al neoliberalismo, una nueva socialdemocracia pudiera ser capaz de resistir y de llevar adelante

el programa abandonado. Sería una meta adecuada al corto plazo y cuyas limitaciones conocemos. La primera es la resignación a vivir sin posible democracia y pasivos ante una dominación y explotación globales, que se harán más invulnerables precisamente si la política socialdemócrata tiene éxito. Reparemos en que este objetivo permanece dentro de una economía de mercado cuyos efectos son injustos, irracionales y muy lesivos para los recursos naturales, el medio ambiente y el bienestar y la salud de los trabajadores como vimos en la segunda parte.

13.1.2. EL OBJETIVO MARXISTA

Hay un objetivo que llega más lejos y que realmente daría satisfacción al deseo de la Ilustración (igualdad, libertad y fraternidad), irrealizable en cualquier forma de capitalismo. Se trata de un igualitarismo definible como sociedad en la que todos reciben un mismo tipo de educación de máximo nivel y donde la riqueza social se reparte equitativamente, de manera que todos pueden satisfacer sus necesidades, y nadie puede alcanzar posiciones de predominio o control sobre otros, sea por concesión legal, sea de hecho mediante la propiedad de capital suficiente.

Este objetivo exige sustituir la llamada economía de mercado por una planificación democrática mundial que asigne los recursos y distribuya la riqueza de manera racional y justa. Que haga realidad el eslogan que Marx recogió en su crítica al programa del Gotha: “de cada cual según sus capacidades, a cada cual según sus necesidades”.

Es útil una descripción tan pormenorizada como sea posible de una sociedad igualitaria, a fin de asegurarse de que todos sus elementos, y sus interrelaciones, son una real posibilidad de la evolución cultural. Esto es, que ningún elemento es contrario a las posibilidades abiertas a nuestro psiquismo ni está impedido por constricciones sociales inevitables.

No basta decir al respecto vaguedades como que el desarrollo humano, para ser duradero, debe poner al ser humano en el centro, hacer de la solidaridad un fin y un medio. Hay que ir a los detalles. ¿Cómo debe estar organizada una sociedad para que esto sea posible? ¿Cómo debe ser el reparto de bienes y cómo hay que diseñar los procesos de socialización y de comunicación?

Disponemos de un aparato productivo suficiente para satisfacer las necesidades legítimas de todos los habitantes de la tierra al nivel que el desarrollo tecnológico vaya haciendo posible, pero eliminando la producción prescindible (una gran parte de la producción actual) en claro beneficio del medio ambiente y de la preservación de los recursos naturales. Este es el concepto de globalización progresista, frente a la globalización que se nos vende (y a la que se apela como si fuera un corsé inevitable que impide las medidas racionales y justas).

Una izquierda de inspiración marxista no puede tener otra meta final que la sociedad igualitaria, pero lo cierto es que por ahora a su realización se opondrían con suficiente fuerza las élites en el poder y sus propagandistas, contando con que

además la mayoría de la población actual no estaría dispuesta a luchar por ella. Esa mayoría busca ante todo la supervivencia o el éxito dentro de la sociedad capitalista.

No obstante, aunque este objetivo es inalcanzable a corto plazo, mirar lejos es útil si promueve actividades que no se realizarían en otro caso y que son condición para que mañana sea posible lo que hoy es muy deseable, pero está fuera de nuestro alcance.

13.2. DOS DIFERENCIAS CRUCIALES

La posición favorable o contraria al capitalismo produce dos diferencias cruciales: una diferente adaptación a la población actual y una distinta posición ante la mentira sistemática.

13.2.1. DIFERENTE ADAPTACIÓN A LA POBLACIÓN ACTUAL

A un partido socialdemócrata le va bien la población actual, y de ella puede recibir suficiente apoyo su política, que a su vez puede rendir beneficios concretos a quienes la apoyan.

En cambio a un partido anticapitalista no le va bien la población actual, de la que no puede esperar apoyo para un cambio en profundidad, que es sólo alcanzable con un tipo de población nueva dispuesta a apoyar con coraje ese cambio incluso si espera sufrir perjuicios por las represalias esperables.

De ahí que la estrategia de unos y otros haya de ser diferente. En un caso se trata de conseguir para la mayoría algunas migajas que caen de la mesa del banquete, y basta para ello apelar al corazón y a la mente de las gentes que están por esa mejora.

A un partido anticapitalista en cambio no le basta ganarse el corazón y la mente de una mayoría, sino que tiene que transformar afectos y mentalidades, y ello requiere estrategias a largo plazo, en muchos casos reñidas con las del corto plazo electoral.

13.2.2. LA POSICIÓN ANTE LA MENTIRA SISTEMÁTICA

1. La segunda diferencia es que mientras los partidos, intelectuales y comunicadores procapitalistas, y entre ellos los socialdemócratas, no pueden eludir la mentira sistemática, la izquierda anticapitalista tiene como patrimonio exclusivo, y de extraordinario valor, su capacidad de reivindicar verdades que los demás están obligados, por su papel, a silenciar, tergiversar, negar o sustituir por el recurso populista que en cada momento convenga.

Decir que los defensores del capitalismo están necesariamente sumidos en la mentira sistemática no tiene carácter literario, sino crudamente empírico. Significa, como indiqué en 6.7., que en sus palabras y actos está afirmada o implicada la falsedad acerca de las cuestiones fundamentales, como que vivimos en democracia,

que la soberanía reside en el pueblo, que la constitución garantiza el respeto a los derechos humanos, que la propiedad privada de los medios de comunicación es una salvaguarda de la libertad de expresión, que hay división de poderes, que los jueces imparten justicia ateniéndose a la ley, que la acción del Gobierno se decide teniendo en cuenta "los verdaderos problemas de la gente", que la economía de mercado es la más favorable a la mayoría, que hay igualdad de oportunidades porque todos tienen igual acceso a la educación y la medicina, que se puede solucionar el problema de la educación en la sociedad capitalista, etc., mentiras flagrantes todas ellas, de las que los defensores del capitalismo no se pueden desmarcar y que constituyen la esencia del populismo en sentido peyorativo. Pues en ese sentido "populismo" es identificable con el uso de la mentira para, engañando a un pueblo malinformado, conseguir o retener un poder con el que hacer una política contra ese pueblo. Así entendido el populismo es algo consustancial con las formaciones procapitalistas y sólo la izquierda anticapitalista puede eludirlo.¹¹⁰

Sólo esa izquierda *puede* llamar a las cosas por su nombre, ese es su mayor patrimonio, de forma que si no lo hace dilapida su exclusiva riqueza y se convierte en un partido más, sumido por omisión temerosa en la mentira sistemática que los otros practican por obligación.

Las verdades de la izquierda anticapitalista están avaladas por la única teoría social vigente y por incontestables datos, mientras que las "verdades" del procapitalista sólo se apoyan en la incontenible insistencia con que se afirman contra toda evidencia.

Por ello lo que más temen los defensores del sistema es que se hagan públicas las verdades incómodas, como prueba su griterío ensordecedor cuando alguien afirma una verdad que debe ser callada. Al unísono vociferan que el inoportuno es un antisistema, un populista, un demagogo lleno de odio, un peligró para la sociedad.

13.3. EL CRITERIO PARA DISTINGUIR

Puesto que en estas dos cuestiones cruciales la socialdemocracia coincide con otros partidos de derechas pero no con una izquierda anticapitalista, tendría sentido utilizar como criterio la posición ante el capitalismo, en cuyo caso habría que colocar a la socialdemocracia a la derecha por más que se diferencie de otros partidos de derecha por la sensibilidad moral y el carácter progresista en cuestiones ciertamente importantes (aborto, divorcio, orientaciones sexuales, eutanasia, etc.). Habría entonces que reconocer que hay distintas clases de derecha, una derecha criminal (empleado el adjetivo en su sentido técnico, dado que con su política produce innumerables víctimas), y otra que trata de mejorar la suerte de los más

¹¹⁰ Los partidos conservadores tradicionales condenan a los populismos, tanto al de derechas (Vox) como al de izquierdas (Podemos). En realidad todos los partidos prosistema son populistas.